

cia era de prever que los Españoles serian dueños absolutos de Roma (1).

Clemente VIII era de la misma opinion; no queria que los papas se convirtieran en capellanes del rey de España. Para romper las cadenas de la Santa Sede no habia más que un medio, una alianza con Enrique IV; si Clemente dudó por tanto tiempo, fué porque por una parte temia el poder de Felipe II, y por otra desconfiaba de la conversion del rey de Francia; además el Papa debia mirar por el prestigio de la autoridad pontificia. Las victorias de Enrique y el temor de un cisma galicano le decidieron. Hay que añadir que los intereses temporales tuvieron tanta parte en su decision como los religiosos. Clemente VIII no era un pontífice á la manera de Pío V ó de Gregorio XII; tenia su ambicion de príncipe italiano; Enrique IV le halagó prometiéndole su apoyo para la conquista de Ferrara. No quiere esto decir que la política dominase precisamente á la religion en Clemente, pero sí que la atendia con gusto y que daba satisfaccion á sus exigencias. A su advenimiento al trono Enrique IV era aliado de todos los Estados protestantes. Después de su conversion, el Papa le propuso que renunciase á su alianza con Inglaterra y con los Países Bajos para entrar en una Liga católica contra Isabel. No costó trabajo al cardenal D'Ossat hacerle comprender lo imposible de aquellos proyectos: «Enrique IV, dice, ha rechazado los errores de los protestantes, pero no puede cambiar la naturaleza de las cosas. Como el reino de Francia no se ha alejado por su conversion de Inglaterra, Zelanda, Holanda y demas países, los tratados, los asuntos y la necesidad mutua que los príncipes vecinos tienen unos de otros, en cuanto á lo temporal, no han cambiado de tal modo que el rey les deba hacer la guerra, y servir al rey de España contra ellos.» Hay más; la alianza de Enrique IV con los protestantes es un bien para la cristiandad y para el mismo Papa. En efecto, «una vez arruinada la corona de Francia, sería muy fácil dar cuenta de los demas príncipes, subyugándolos á todos, sin excluir á la Santa Sede, y dar cima á la monarquía, á la que hace tanto

(1) PAOLO PARUTI, *Relazione*, en ALBERI, II, 4, p. 382.

tiempo se aspira» (1). Hé aquí el lenguaje que un cardenal empleó con un papa á fines del siglo XVI; la política absorbía á la religion. Los papas habian querido reducir á los protestantes por la fuerza; se apercebían, sin embargo, de que la fuerza se volvia contra ellos, poniéndolos á merced del vencedor; preferían, sin atreverse á confesarlo, una cristiandad dividida por el cisma á una unidad católica en manos de un protector de la Santa Sede, que sería su señor. Este es el fin de la unidad de la Edad Media.

§ V.—La ambicion de España y sus resultados.

I.

Un italiano que pasó veintiseis años en una prision española, *Campanella*, escribió un libro, en el que reivindica la monarquía universal para la España (2). Como lo dedicó al rey de España, debemos creer que el autor expresaba los deseos de la ambicion española. En efecto, la obra de *Campanella* es, por decirlo así, la teoría de los hechos que acabamos de referir; es una extraña miscelánea de catolicismo y de política, lo mismo que la *Monarquía de España*, cuyo título lleva. Hemos dicho anteriormente que *Campanella* no reconoce más que un solo y verdadero jefe de la cristiandad, el papa. «Entre los cristianos, dice, no puede haber más monarquía que la del papa» (3). La doctrina del fraile italiano se deriva de las entrañas del catolicismo. Como los reyes de España se llamaban reyes católicos, debían venerar á los papas como vicarios de aquel que fué juntamente rey y sacerdote. ¿Cuál es en este orden de ideas el papel de un monarca universal? «Para ser rey del mundo, responde *Campanella*, es preciso, ó fundar una religion nueva, como Mahoma, ó aceptar la religion católica y hacerse su defensor, como Carlo-Magno. Este último papel es el de

(1) D'OSSAT, *Cartas*, t. I, p. 51 y 294.

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica* (Amsterdam, 1641).

(3) ID., *ibid.*, c. 5, p. 28.

los reyes de España; serán los reyes católicos por excelencia, es decir, reyes universales, á condición de ser los defensores de la Santa Sede, los campeones de la Iglesia contra los herejes y los infieles» (1). Tal es también la misión histórica de la raza española; su vida se ha pasado en combatir á los infieles. Hé aquí por qué el soberano pontífice ha dado á sus reyes el título de católicos; era una inspiración divina que indica maravillosamente la misión de la España y la grandeza á que está destinada (2).

Como se ve, la teoría del soñador italiano, del utopista, no es más que la expresión del cristianismo tradicional. Sobre estas ideas reposaba en la Edad Media la unidad católica, bajo sus dos jefes, el papa y el emperador; Campanella reemplaza tan sólo al emperador por el rey de España. Tal fué en realidad la revolución que la Reforma produjo en el orden político. El imperio de Alemania no era ya *sacro y romano* más que en el nombre desde el momento en que el emperador fué elegido por príncipes herejes. Si Felipe II no heredó el nombre de emperador, heredó la esencia de la dignidad imperial; él fue el defensor de la Iglesia, á él debía por tanto pertenecer, en este concepto, el gobierno temporal de la cristiandad. Sin embargo, el rey de España tenía enfrente de sí, no solamente un emperador, sino también reyes que no se prestaban á reconocer la supremacía que se atribuía sobre el mundo cristiano. La monarquía universal seguía siendo, pues, una pretensión; ¿cómo se llegará á realizarla?

Campanella está profundamente convencido del poder de la religión; posee las almas, dice, aún cuando sea falsa (3). Hé aquí por qué todos aquellos que han fundado grandes imperios se han servido de la religión como de un instrumento (4). El rey de España hará otro tanto. Se ve que el catolicismo de Campanella es singularmente político; en esto también es el verdadero represen-

(1) CAMPANELLA, *ibid.*, c. 5, p. 29, 32, 34.

(2) *Id.*, de *Monarchia hispanica*, c. 2 y 5: «*Declaratio tituli catholici, sive universalis demonstrat Spiritum sanctum per ecclesiasticos loquentem idem voluisse.*»

(3) *Id.*, *ibid.*, c. 5: «*Omnis religio tam falsa quam vera vincit, ubi semel insedit hominum animos.*»

(4) *Id.*, *ibid.*, c. 5.

tante de Carlos V y de su casa. El rey de España, dice Campanella, velará primeramente porque los papas sean españoles; la razón que alega es característica: «Desde que la pitonisa de Delfos fué ganada por el rey de Macedonia y filipizó, fué fácil á Filipo apoderarse de toda la Grecia» (1). De la misma manera el rey de España obtendrá fácilmente la corona imperial con el apoyo del papa. El fraile dominico se hacía ilusiones sobre la facilidad de la empresa. Se reemplazará, dice, á los electores protestantes por príncipes católicos. Pero ¿cómo esperar salir con la empresa allí donde Carlos V había fracasado? El papa hubiera debido disponer de todas las fuerzas del mundo católico (2); ahora bien, los príncipes católicos no se cuidaban mucho de combatir por la grandeza de España. Las pretensiones á la monarquía universal eran un círculo vicioso; para ser el señor de la cristiandad, hubiese sido preciso tener ya en su mano toda la cristiandad.

Campanella no ve imposibilidad en que la España se apodere de la Francia y de la Inglaterra. Ya, dice, el reino de Francia estaba á disposición de Carlos V; tenía á Francisco I aprisionado; ¿por qué no se aprovechó de la ocasión para invadir sus Estados? El dominico le echa en cara bastante abiertamente su clemencia intempestiva, al paso que la Historia le acusa de haber manifestado una ambición desmesurada (3). Aun podrá presentarse la ocasión en el caso de que Enrique IV llegue á morir sin descendientes. Si el rey de España fracasase en sus proyectos de conquista, debería al menos tratar de dividir á la Francia y de fraccionarla para debilitarla. Campanella confiesa que la Inglaterra es un grande obstáculo para la monarquía universal; teme á su poder marítimo más aún que á las fuerzas militares de Francia; si el rey de España, dice, pudiese dominar la Inglaterra, sería el señor del mundo (4). El fraile dominico, acordándose del desastre de la *armada*, no aconseja la viva fuerza; vale más fomentar la discordia entre los ingleses, levantar á los católicos contra el go-

(1) CAMPANELLA, *ibid.*, c. 6, p. 36.

(2) *Id.*, de *Monarchia hispanica*, c. 5, p. 34 y sig.

(3) *Id.*, *ibid.*, c. 16, p. 107; c. 24, p. 191.

(4) *Id.*, *ibid.*, c. 24, p. 198.

bierno y armar á la Irlanda (1). *Campanella* da á la conquista de los Países Bajos una importancia tan grande como á la de Inglaterra; señor de las provincias belgas, el rey de España lo será de la Francia y de la Inglaterra; con razon, pues, Felipe II gastó tanta sangre y tanto dinero para reconquistarlas de la herejía, pero empleó malos medios para dominar la insurrección. *Campanella* pretendía conocer otros mejores que se reservaba descubrir al rey; los que hizo públicos no merecen ser mencionados más que por su singularidad; sembrar la división y en seguida invadir las provincias debilitadas, es un medio trivial y usado; el fraile dominico presenta aún otro más original, y es el de aprovecharse de la predilección que las mujeres belgas manifiestan, según él, por los hombres enjutos y ardientes del Mediodía (2).

Campanella tendía sus miradas sobre el mundo entero desde el fondo de su estrecha prisión. A fines del siglo XVI, la Polonia era el reino más poderoso del Norte; el dominico aconseja unirla á los intereses de la casa de Austria, aprovechándose de la elección para hacer subir á uno de sus príncipes al trono. Pide que la España se una á Rusia por los vínculos del matrimonio; ve en los Rusos el baluarte más fuerte contra los Turcos (3). La Turquía era todavía en tiempos de *Campanella* un rival para los que aspiraban á la monarquía universal; pero, cosa notable y que prueba la perspicacia del filósofo italiano, aquella rivalidad no le asusta; era tal vez el único que no tuvo miedo á los Turcos; su imperio se disolverá, dice, á causa de sus divisiones intestinas (4). *Campanella* comprendió hasta el nuevo mundo en sus especulaciones; los maravillosos descubrimientos hechos bajo la bandera española eran á sus ojos una señal de los designios de la Providencia. ¿A quién debía pertenecer el imperio del mundo, más que al pueblo que manifestaba más ardor por conocer la obra de Dios? (5).

(1) CAMPANELLA, *ibid.*, c. 25.

(2) ID., *de Monarchia hispanica*, c. 27, p. 213, 228, 229, 239.

(3) ID., *ibid.*, c. 26.

(4) ID., *ibid.*, c. 30.

(5) ID., *ibid.*, c. 32, p. 292: «*Deus ipse Hispanis mundum possidendum dedit, quia ferventiori desiderio hujus cognoscendi tenentur.*»

II.

Hay en todas las tentativas de monarquía universal un vicio oculto que impide á los pretendidos señores del mundo realizar sus soberbios designios, y que implica fatalmente la disolución de sus efimeros imperios; la debilidad del hombre frente á la inmensidad de la obra que quiere realizar, el desconocimiento de los designios de Dios en la creación. No solamente la monarquía es imposible, sino que hasta se convierte en un principio de decadencia para los pueblos que tratan de establecerla en su provecho. Por haberse excedido de sus fuerzas, las gastan de tal suerte, que su decadencia sigue inmediatamente á su grandeza ficticia. Así sucedió á la España. *Campanella* escribió la teoría de la monarquía universal al principio del siglo XVII, y en el mismo libro en que soñaba con el imperio de la tierra para España, manifestó su irremediable decadencia. Exacciones del fisco y despoblación; tales habían sido los tristes resultados de la dominación romana; tales fueron también los frutos de la monarquía española.

Los apuros de la hacienda remontaban hasta Carlos V; desde el principio de la lucha con Francisco I faltó dinero para pagar á las tropas (1). En 1530 la gobernadora de los Países Bajos escribió al emperador que su hacienda no podía estar peor, y no exageraba, porque en 1531 el señor de ambos mundos se vió obligado á aplazar su viaje á Alemania por falta de dinero (2). En 1536 el Consejo del rey de España opinó por hacer la paz con Francia, á causa de la ruina de los Estados (3). Después de la traición de Mauricio, el emperador de Alemania no halló ya quién le prestara dinero; carecía de dinero para sus necesidades diarias; su hijo

(1) En 1525 De Lannoy escribe al emperador que «la deuda debida á las gentes de guerra es tan grande, que costará trabajo el salir de ella.» (LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl*, t. I, p. 160.) En 1529 el virey de Nápoles pide dinero á voz en grito, porque si no habrá una insurrección general de las tropas, y sin embargo, no había en Italia más que 1.200 Españoles y 900 Alemanes. (LANZ, t. I, p. 359, 368.)

(2) LANZ, *Correspondenz des Kaisers Karl*, t. I, p. 333, 622.

(3) ID., *ibid.*, t. II, p. 265.

no pudo salir de Inglaterra, porque no tenía con qué pagar sus deudas; él mismo, en el momento de su abdicación, tuvo que retrasar su regreso á España, porque no tenía dinero (1). En 1557 Granvelle escribió á Felipe II que la hacienda se hallaba en tal estado, que su solo pensamiento le anonadaba (2). Vencedor en San Quintín, el rey de España confesó en sus cartas íntimas que le era completamente imposible continuar la lucha. Efectivamente, el duque de Saboya escribía: «No disponemos de un solo real y se deben más de un millon de escudos á las tropas alemanas.» Cuando Felipe quiso licenciar sus soldados, le faltó dinero para pagarlos. En una carta dirigida á Granvelle lanzó un verdadero grito de angustia: el cardenal le respondió que, en caso de necesidad, se buscaría dinero en las entrañas de la tierra (3). La penuria no era menor en España que en los Países Bajos: «Se deben á las tropas más de dos años de sueldo, escribe Felipe II; no se pagan ni aún los gastos de la casa del rey.» Envió su presupuesto á Granvelle; de él resultaba que para cubrir diez millones de gastos, no había más que un millon de ingresos; los nueve millones de déficit, dice, «habrá que buscarlos en el aire.» A esto respondió Granvelle que en los Países Bajos *muchas veces se pasaban apuros para encontrar diez ducados* (4). Cuando se leen las cartas del rey y de su ministro, parece que se lee la correspondencia de dos mendigos. Granvelle escribió en 1563 que la gobernadora de los Países Bajos no tenía un maravedí para hacer frente á los gastos; Felipe le dijo que no tenía un real para pagar su casa (5). ¿Se creerá que, para salir del apuro, el señor del Perú pensó seriamente en fabricar moneda falsa? El confesor del rey católico fué el intermediario entre éste y el honrado industrial que había encontrado el medio de hacer oro con azogue (6). Parece que el oficio de monedero falso no fué muy lucrativo, porque el rey de Es-

(1) LANZ, *ibid.*, t. III, p. 100, 108.—GACHARD, *Retiro de Carlos V*, Introducción.

(2) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. V, p. 63 y 77.

(3) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. V, p. 454, 458, 606, 607.

(4) *Id.*, *ibid.*, t. VI, p. 11, 165, 181.

(5) *Id.*, *ibid.*, t. VII, p. 53, 83.

(6) GACHARD, *Relaciones de los embajadores venecianos con Carlos V y Felipe II*, p. 112, 307.—ALBERI, *Relazioni*, I, 3, p. 367, 397.

paña hizo dos vergonzosas bancarotas (1). Robar á sus acreedores es mala manera de alcanzar crédito; como los banqueros se resistiesen á prestar al rey de España, hubo que recurrir á un expediente digno de un país de frailes: ¡los religiosos fueron de puerta en puerta mendigando para el señor de ambos mundos! (2).

Esta miseria en un reino que poseía poblaciones industriales y comerciantes, acusa una profunda decadencia. Esta se manifestaba por el signo más irrecusable, la despoblación. «Ya no se casa nadie, ni se procrean hijos, dice Campanella, porque se carece de los medios necesarios para mantenerlos y colocarlos» (3). La España se asemejaba á la Turquía: ciudad que contaba 5.000 habitantes en el siglo XVI, no tenía más que 600 en el XVII. El año 1600 había en el obispado de Salamanca 8.384 campesinos propietarios; en 1613 este número había quedado reducido á 4.135. Se viajaba por los países más fértiles de la tierra, y no se veían más que zarzas y espinas, por falta de brazos para cultivarlos. «Las casas se caen, dice el Consejo de Castilla, y no son reedificadas; los habitantes huyen, los pueblos están desiertos, las iglesias vacías. Si esto continúa, la nación se extinguirá en ménos de un siglo» (4). En 1619 Felipe III pidió al Consejo de Castilla un remedio contra la despoblación, que empezaba á convertir el reino en un desierto. El Consejo atribuyó el mal á los impuestos excesivos, que movían á la emigración; propuso limitar el número de los conventos y el de los religiosos; el Consejo manifiesta que no era la devoción lo que poblaba los monasterios, sino la miseria: hacíanse frailes para tener con qué vivir (5).

La opinion del Consejo de Castilla revela las causas del mal que minaba á España: era la consecuencia natural de su alianza con el catolicismo y de su ambición de conquistar. La monarquía era á la vez militar y religiosa. Las guerras incesantes, proseguidas durante varias generaciones en Europa y en América, aniquilaron

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 421.—POIRSON, *Historia de Enrique IV*, t. I, p. 303.

(2) SCHOELL, *Historia general*, t. XVIII, p. 25.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 16, p. 114.

(4) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 460.

(5) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. IX, p. 736 y sig.

á la nacion. Los que no sucumbian en el campo de batalla no llevaban á su patria más que el estéril orgullo del hidalgo: ¿podían rebajarse los señores del mundo hasta un trabajo agrícola ó industrial? La reaccion católica no fué ménos funesta para el aumento de la poblacion: los grandes de España consideraban como una gloria el construir monasterios en sus inmensos dominios; esto era favorecer deliberadamente la despoblacion (1). Bfen pronto no hubo en España más que frailes, monjas y mendigos. El fanatismo, que era en gran parte la causa del mal, impedía ponerle remedio. Faltaban brazos para la agricultura, faltaba una poblacion que tuviese aficion al comercio y á la industria. Ahora bien; por un beneficio providencial, habia en España razas extranjeras dotadas precisamente del genio de que carecian los Españoles, pero eran judíos y mahometanos. La estúpida intolerancia de los celosos católicos no descansó hasta que se hubo arrojado de España al último moro. ¿Cómo reemplazar aquellos millares de trabajadores? Se pensó en apelar á la emigracion extranjera. ¡Librenos Dios! dijo el Consejo de Castilla: «Si pudiéramos prohibir toda relacion, todo comercio con las demas naciones, conseguiríamos un gran bien, porque todas están infestadas del veneno de la herejía» (2).

Las monarquías universales se legitiman á veces por una mision civilizadora; los Romanos civilizaron las Galias y la España ántes de llevar á ellas la decadencia. No puede decirse otro tanto de los Españoles; arruinaban los países que conquistaban. ¡Compárese el destino brillante de las Provincias-Unidas que sacudieron el yugo de España con la suerte de los Países Bajos católicos! Es comparar la vida con la muerte. Bélgica debe á la dominacion de la casa de Austria el embrutecimiento intelectual y moral que durante siglos le ha hecho ser la Beocia de Europa. ¿Qué han hecho los Españoles del reino de Nápoles, ese paraíso terrestre en que la naturaleza prodiga todos sus dones? Los Napolitanos deben á la dominacion española la disolucion de todos los lazos sociales; no siendo el Estado más que una explotacion que no dejaba á los desgraciados habitantes ni techo bajo que cobijarse, los Italianos

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, p. 448, 459.

(2) KHEVENHILLEB, *Annales Ferdinandei*, t. IX, p. 746.

maldijeron el Estado, y rompieron los vínculos que los unian á la sociedad: se hicieron bandidos (1). ¿Qué han hecho los Españoles de Portugal? Aquí su dominacion fué todavía más criminal que torpe: uno de los ministros más famosos de España, Olivares, imaginó que el mejor medio de someter á los Portugueses era hacerlos pobres y miserables; oprimió, pues, sistemáticamente á una nacion arrogante y generosa, hasta que, exasperada, rompió sus cadenas.

III.

La ambicion de la monarquía universal, unida al fanatismo católico, arruinó á España, sin que sus reyes hayan conseguido el objeto que se proponian. Felipe II fracasó lo mismo que habia fracasado Carlos V. El hijo del gran emperador ha sido juzgado durante mucho tiempo con severidad excesiva. Se le ha llamado el demonio del Mediodía, y uno de los grandes historiadores de los tiempos modernos, recordando este calificativo, añade que el rigor es un deber de humanidad, cuando se trata de condenar la tiranía en la persona de un tirano (2). En otro lugar hemos apreciado su política religiosa (3); su ambicion de conquista y de dominacion está íntimamente relacionada con ella. La unidad católica, de que se hizo defensor, ¿ha sido para el rey de España un fin ó un instrumento? Hay en su conducta, respecto de los insurrectos de los Países Bajos, un fanatismo de una obstinacion demasiado ciega para que se pueda creer en una hipocresía sistemática. Hay que admitir, pues, que fué de buena fe el campeón del catolicismo. Esto basta ya para rechazar el dictado que la Historia le ha impuesto. Si fué pérfido y cruel en nombre de la religion católica, acúcese á la religion, al ménos á la religion tal cual se la comprendía en el siglo XVI. En sus actos más negros tuvo por cómplices gentes de Iglesia, á veces los jefes mismos de la cristiandad, los que se llaman vicarios de Dios. Pío V ha sido canonizado; ¿por

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. I, p. 480.

(2) J. VON MÜLLER, *der Fürsten-Bund*, c. 10 (t. XXIV, p. 52).

(3) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.

qué condenar á Felipe II al infierno? Nuestra comparacion se refiere únicamente á la vida pública; no tratamos de equiparar al marido adúltero con el pontífice que practicaba todas las virtudes de un monje.

Si Felipe II ha sido el defensor sincero del catolicismo, ¿por qué pesa la maldicion sobre su memoria, al paso que por el mismo concepto se celebra como héroes á los Carlo-Magno y Oton? Esto consiste en que en la Edad Media el catolicismo era la condicion esencial de la civilizacion, miéntras que desde la Reforma es uno de los obstáculos que se le oponen. Los emperadores cristianos eran hombres de progreso; Felipe II era hombre del pasado; hé aquí por qué la humanidad lo rechaza. Sin embargo, aquel pasado que queria reconstituir el rey de España, tenía todavía una razon de ser, puesto que la Reforma no ha conseguido vencerle. Dejemos á Felipe II la gloria de haber unido su nombre á la reaccion católica; si no llegó á comprender lo que ésta tenía de legítimo, al ménos la sirvió ciegamente.

CAPITULO IV.

LA GUERRA DE TREINTA AÑOS Y LA PAZ DE WESTFALIA.

§ I.—El objeto de la lucha.

En otra parte hemos dicho que la lucha terrible que ensangrentó la Alemania durante treinta años fué religiosa en su origen, pero que se mezclaron en ella intereses políticos, los cuales tomaron una importancia cada vez mayor á medida que se prolongaron las hostilidades (1). Este es el punto de vista en que hay que colocarse para apreciar la mision de esta guerra espantosa, y el papel que corresponde á cada una de las partes beligerantes. Ha tenido por objeto providencial asegurar la libertad religiosa en Europa, dándole garantías en la patria misma de la Reforma. Estas garantías no existian en la paz de Augsburgo; arrancada á la casa de Austria, más bien que consentida libremente, no era más que una tregua. La Iglesia no renunció á la esperanza de recobrar, por medio de la fuerza en último caso, todo el terreno que habia perdido. Una milicia poderosa organizó la reaccion católica en toda la cristiandad. Los jesuitas influian sobre los ánimos, apoderándose de las generaciones nuevas por medio de la educacion; no satisfaciendo su ardor este lento trabajo, excitaron á la violencia, aquí por medio de conjuraciones, allí por medio de la guerra civil. Fracasaron en Francia y en Inglaterra, pero en Alemania sus progresos llegaron á amenazar hasta la existencia del protestantismo.

Los jesuitas hallaron un príncipe que parecia nacido para po-

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.